

La embajada

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2026, Ignacio Santa Cruz Guzmán
Derechos exclusivos de edición
© 2026, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente

1ª edición: enero de 2026

ISBN: 978-956-408-892-1
RPI: 2025-A-11908

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

La embajada

Ignacio Santa Cruz Guzmán

A mi madre

CAPÍTULO I

La mano, el revólver en la mano, el dedo en el gatillo, el cañón del revólver suspendido en el aire.

Una oreja, la manzana de Adán subiendo y bajando en una garganta trémula, los ojos de mi padre.

Un estruendo.

Tres pequeñas gotas de sangre salpicadas en un listón de madera blanca de mi cuna.

El olor a pólvora, gritos, las manos de mi madre me alzan, el hombro de mi madre, mis dedos pequeños en el hombro de mi madre, su perfume, el aro de perla en su oreja enrojecida.

El cuerpo de mi padre sobre el suelo de parqué, la sombra del cuerpo de mi padre sobre el suelo de parqué, mis ganas de llorar que no son ganas de llorar, la lágrima de mi madre escurriendo por su piel de seda, palabras que no entiendo, la mano de mi madre sujetando mi cuello, su

olor, su olor de siempre, una gota fría (de llanto) cayendo en mi cabeza.

El olor a pólvora. Mi padre. Recuerdos que nunca fueron, preguntas que nadie, nunca, me respondió.

CAPÍTULO 2

La embajada de Chile en Londres es exactamente como la imaginaba. El día es diáfano y los gritos de la muchedumbre se oyen claros. El otoño en Londres es hermoso y siempre me dio la sensación de que Peter Pan aparecería volando por algunas de las ventanas de estas casas tan londinenses, con un suelo arrastrado en hojas rojizas por vientos sutiles. La embajada es un edificio típico de esta parte de Londres, con una puerta central de madera clara y firme, de dos hojas, empotrada en un muro de cemento diamantino sobre la que flamea una bandera chilena. Más arriba, tres pisos de ventanas con vidrios rectangulares levemente proyectados sobre ladrillo rojo oscuro.

Aquí es donde empezó todo. Es donde debo llegar. En alguna parte de esta casona histórica están las respuestas que busco. Tengo que entrar. Tengo un mapa. Tengo fe.

Una treintena de manifestantes golpean sus cacerolas y entonan los mismos gritos que en la Plaza de la Dignidad, con menos resonancia, un poco destemplados. Pareciera que mientras más se repite el mismo eslogan, menos sentido tiene.

Yo estoy al otro lado de la calle, dudando, junto a un par de policías londinenses, que no me hacen sentir del todo tranquilo. Le temo a la turba enloquecida y también a la policía imperturbable.

Observo atentamente a los manifestantes e identifico a los tres chilenos que parecen los organizadores del *meeting*. Cruzo la calle y me acerco a ellos. Elijo para dialogar a la mujer, Julieta, una chilena de treinta y tantos años, morena, guapa, con el pelo ensortijado y un par de *piercings* en la cara; uno en la ceja y otro sobre una aleta de la nariz. Tiene cara de cansada y al principio cree que le estoy hablando en inglés, no entiende lo que le digo y se acerca mucho a mí.

Los manifestantes llevan muchos días afuera de la embajada desde el 20 de octubre de 2019 y ya estamos en noviembre. Hoy es 4 de noviembre.

¡Despertó, despertó, Chile despertó!, la cantinela es ensordecedora y el repiqueteo de las ollas hace imposible nuestro diálogo. Julieta me toma del brazo y nos alejamos unos pasos. Lo suficiente para que comprenda que le estoy hablando en español.

—¿A qué vienes? —me dice con un leve acento inglés.

—Tengo una reunión con el embajador —le respondo como pidiéndole su autorización. Julieta me mira incrédula, extrañada y hasta un poco molesta.

—No puedes entrar.

—Vengo de Chile. Tengo una reunión organizada hace mucho rato, por favor.

Julieta me mira de arriba abajo como si quisiera descubrir mi inclinación política. La verdad es que puedo ser cualquier cosa. Hace mucho que no me corto el pelo, tengo una melena rubia que me cae hasta un poco más abajo de los hombros, los ojos azules, facciones que se relacionan con los sectores más burgueses y más de derecha de Chile y, tal vez, de Latinoamérica, pero llevo barba, levemente más oscura que mi pelo y eso suaviza mi pinta de facho. También uso ropa de campaña, nada elegante; una polera negra y una parka entre azul y púrpura, *jeans* y bototos negros, y sobre mi espalda una mochila gigante que resiente varios viajes por el mundo. También puedo ser un perfecto agente de la CIA.

Julieta se aleja hacia otro dirigente que interrumpe sus cánticos para hablar con ella. Es un hombre de unos cincuenta años o tal vez más, con la piel verduzca y los ojos aguachentos.

El dirigente, del que aún en ese momento no sabía su nombre y que sería clave en los desventurados hechos que se desatarían más adelante, me mira también de arriba abajo y decide que no hay peligro. Le dice algo a Julieta y saca un sobre de su morral. Los observo a la distancia. Me miran varias veces. Se dicen cosas, se advierten. Ella

parece menos convencida que él, pero él tiene el poder. Ella lo mira con cara de admiración. Tal vez lo ama. O tal vez lo admira, o las dos cosas. A mí siempre me ha parecido que la admiración no reemplaza al amor, es como el pescado congelado en el ámbito de los afectos.

—¿Puedes llevarle una carta? —Está claro que es una condición para dejarme entrar.

—Yo creo que sí —le digo y ella me extiende la carta.

—¡Déjenlo pasar!

La gente que se amontona en la entrada de la embajada se aparta para que yo pueda llegar hasta el citófono. Toco varias veces y después de un par de chirridos y pitidos se oye una voz:

—¿Sí?

—Soy Iñaki Eyzaguirre...

Los manifestantes vuelven a gritar y temo perder el hilo de la conversación con quien sea que esté hablando. Tapo mi oído más lejano y pongo mi oreja pegada al parlantito del citófono y reemplazo mi boca por mi oreja cuando escucho solo estática saliendo por el altavoz. Apenas alcanzo a decir una frase clave.

—Tengo una reunión con el embajador.

—¿Cuál es su nombre? —Con dificultad escucho la voz que me habla o tal vez estoy adivinando un diálogo que no existe.

—Iñaki Eyzaguirre —digo, sin saber exactamente si la voz me preguntó el nombre.

—Le pido, por favor, que venga por la entrada de atrás.

—¿Cómo? —Le oigo entrecortado. ¿Hay una entrada de atrás?

—¡Por la puerta de atrás, *please!*

—¿Y dónde está eso?

—*Where it always has been.*

La comunicación se corta.

Veo a la gente que salta y grita consignas contra el Gobierno de Sebastián Piñera.

Me escabullo por entre los manifestantes sin dejar de pensar en lo extraño de un estallido social sin dirigentes, sin demasiadas ideas, mandando a la mierda a un presidente de la república como si fuera mandar a la mierda a un buen amigo.

Es que yo, las veces que he mandado a la mierda a alguien, ha sido porque lo conozco profundamente y sé que el lugar que le corresponde es una vagina siniestra. Dejo de escuchar porque pretendo dar la vuelta a la manzana y encontrar la puerta de atrás de la embajada de Chile en Londres. Los gritos se van atomizando en un viento de otoño y dejo de oír el griterío.

No habría encontrado la puerta de ningún modo si no veo una pequeña anomalía entre una enredadera aún verde, con vetas rojas y amarillas, que cae profusa por el muro trasero de la gran casona inglesa cubriendo casi toda la extensión con hiedra.

Esa anomalía es una mano.

La mano de un hombre que se asoma por una pequeña abertura de lo que, sin duda, es una puerta secreta. Mientras me acerco a la mano y a la puerta pienso en lo ingleses

que son los ingleses, en ese refinamiento alambicado, secreto, lleno de vértigo, que los hace tan particularmente sutiles y peligrosos.

A dos pasos del muro cubierto por la hiedra, la mano empuja una puerta metálica de una sola hoja y veo a un hombre de mediana estatura, con mirada vivaz, casi completamente calvo, que no me mira en ningún momento a los ojos sino que busca por sobre mi hombro la arremetida de algún manifestante; actitud de lince que con una flema paranoica me da los buenos días en un inglés diplomático perfecto.